

Miquel Dolç Dolç (1912-1994)

Antonio FONTÁN

El 28 de diciembre de 1994, a los ochenta y dos años de edad, falleció en Madrid el distinguido latinista Miguel Dolç, que había sido catedrático de Filología Latina en las Universidades de Sevilla (1955-1957), Valencia (1957-1968) y Autónoma de Madrid, desde ese último año hasta su jubilación en 1982.

Mallorquín de nacimiento (Santa María del Camí, 4 de diciembre de 1912), se había formado profesional y científicamente en la Universidad de Barcelona, junto al profesor Mariano Bassols de Climent, y fue catedrático de Latín en el Instituto de Enseñanza Media de Huesca (1946) hasta su incorporación al Claustro de la Universidad hispalense en el 55.

El historial académico de Dolç y sus numerosas publicaciones le ganaron un destacado lugar entre los latinistas españoles de su generación por el volumen y la calidad de sus trabajos y por la huella que están llamados a dejar en la cultura peninsular muchos de sus libros. Con ocasión de su jubilación como catedrático se celebró una sesión científica en torno a su persona y a su obra en la Fundación Pastor de Estudios Clásicos, de la que era patrono, el 21 de octubre de 1983. Allí hicimos uso de la palabra Manuel Fernández Galiano, Sebastián Mariner, Marcos Mayer y yo mismo. Nuestros discursos fueron publicados algo más tarde en el número 34 de los Cuadernos de la Fundación Pastor (Madrid, 1986). Habíamos hablado del Dolç humanista, investigador y traductor. Ahora, para el homenaje que la Universidad Autónoma de Madrid rendía a su memoria, traté de hilar estos apuntes apresurados y provisionales sobre las aportaciones de nuestro ilustre colega a los estudios clásicos en España.

Miguel Dolç escribió mucho y atinadamente. Fue autor de libros y otros trabajos de investigación filológica e histórica sobre el mundo romano, la historia y las letras de las islas Baleares y las literaturas de lenguas romances. A lo cual hay que agregar varios miles de artículos de prensa en castellano y en catalán, casi siempre de crítica literaria o de actualidad cultural, en «La Vanguardia», en el diario «Madrid» y en diversos periódicos y revistas más. Más una obra de creación poética, principalmente en catalán, cuya originalidad y mérito han sido ampliamente reconocidos en los círculos literarios. El último gran empeño de la vida de Dolç fue la enciclopedia de sus Islas Baleares, para la que además de ejercer de editor, redactó numerosos artículos, revisó muchos más y hasta corrigió pruebas, sin escatimar el esfuerzo que eso representaba para sus ojos cansados y enfermos.

Los estudios latinos y los libros de la Fundació

A lo largo de sus casi cincuenta años de actividad profesional, Miguel Dolç publicó medio centenar de volúmenes de estudios latinos, sin contar ponencias o comunicaciones a Congresos, trabajos en revistas científicas y colaboraciones en obras colectivas de literatura romana o de didáctica del latín y en enciclopedias de prestigio cultural, como la española de Rialp y la virgiliana de Italia. Cantidad no es calidad, pero si lo que se publica es bueno, el número es un valor añadido, como se diría en lenguaje de economistas.

Cuando en 1984, apareció en la colección de la Fundació Bernat Metge, el segundo tomo de la *Appendix Vergiliana*, editado, traducido y anotado por Dolç, en la prestigiosa serie catalana se habían publicado ciento treinta y ocho volúmenes de autores latinos y ochenta y ocho griegos. Treinta y tres de los primeros eran de Miquel Dolç, que se había estrenado en la editorial barcelonesa en 1949 con el primer tomo de Marcial (*De spectaculis* y los libros I a IV de los *Epigramas*.) En algunas de esas obras contó con la colaboración de discípulos o colegas suyos. Pero en todas se advierte su estilo profesional. Hay una seria documentación en los estudios preliminares, predomina el buen juicio en la selección de los aparatos críticos y en la calidad de las traducciones, que se ajustan al género literario original, respetando el *genius* del autor.

También publicó ediciones y traducciones de autores latinos en otras editoriales. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Bosch, Alpha (ligada a la Fundació), Vergara, Montaner y Simón, etc., han dado a la luz libros de Dolç: ediciones comentadas o bilingües y traducciones castellanas de Catulo, Virgilio, Ovidio, Séneca, Persio, Quintiliano, Marco Aurelio. Los primeros de estos libros, un Ovidio de Bosch y un Quintiliano del Consejo, son de sus años de catedrático en Huesca, durante los que había compuesto y

editado también una gramática latina y varios libros de ejercicios para los alumnos del bachillerato de entonces.

Muchas de las traducciones al catalán del profesor Dolç han sido las primeras versiones, totales o parciales, de esos escritores latinos que ha conocido la lengua del Principado. Tales son los casos de la *Appendix Vergiliana*, de Marcial o de las *Silvas* de Estacio. Y, desde luego, todas ellas son las primeras traducciones de esas obras y autores al catalán moderno y normalizado, que se practica en los libros de Bernat Metge y del que Dolç era un declarado partidario.

Yo no conozco suficientemente bien el catalán, ni como lengua común ni como lengua literaria, para emitir una opinión autorizada, y apenas me he asomado a su literatura más que por las obligadas puertas de Verdaguer, Maragall, Riba, Espriu o Plá. Pero, desde mis forzosas estancias militares catalanas de los años 45 y 46, durante las que estudiaba con los libros de Bernat Metge en la Biblioteca de la Seo de Urgel, estoy convencido de la gran contribución que ha prestado al catalán la colección bilingüe ideada por Cambó y Estelrich. Las pocas docenas de aquellos volúmenes de color crema y gris de hace medio siglo, se han convertido en casi doscientos cincuenta con el propio Estelrich, con Riba y, desde finales de los años cincuenta en lo que hace al latín, por obra principalmente de Miguel Dolç. Llevamos ya años esperando que un clasicista o un romanista nos ofrezca un estudio sobre la influencia de estas versiones de los clásicos en la lengua literaria de Cataluña. No poca fortuna ha tenido el catalán con que hayan sido buenos escritores los traductores de la Bernat Metge. Pero muy particularmente, a mi juicio, con que la literatura de esa lengua se haya enriquecido con los Esquilos y Sófocles de Riba y con el Virgilio completo de Dolç.

La *Eneida* o, más bien, las *Eneidas* de Dolç, porque están la edición bilingüe de la Fundació, la versión «poética» de Alpha y la edición de la castellana de Eugenio de Ochoa, merecerían una consideración aparte. Pero no hay aquí y ahora lugar para ello. Debo referirme a otras tres obras del profesor Dolç que me parecen especialmente importantes y significativas de la personalidad y de los modos de trabajo del autor.

De Marcial a la Appendix Vergiliana

La primera fue su tesis doctoral, publicada luego en el excelente libro *Hispania y Marcial* (1953). Su mención me recuerda una visita a Bilibis en compañía del autor. Desde las alturas de la localidad romana, Dolç hablaba de aquel paisaje, de los ríos Jiloca y Jalón, cuyos cursos convergen casi al pie de la patria del poeta, y de algunos topónimos o antropónimos que se leen en Marcial, como si hubiera paseado por allí mil ochocientos años antes en compañía del vate o de su benefactora, la matrona Marcela.

Es sabido que entre los escritores hispanorromanos del siglo I, es Marcial el que más se refiere a la península y, en especial, a su Celtiberia natal. Miguel Dolç, de Marcial, lo sabía todo. Es decir, todo lo que se puede saber. Y era prudente ante las preguntas que no tienen una respuesta documentada y clara, ni van a tenerla nunca, salvo que un feliz hallazgo epigráfico añada algo al *corpus* actual de la información marcialina. Los interlocutores del profesor Dolç no hemos conseguido que aventurase una respuesta a si el de Bílbilis había sido pretoriano —según quiere algún marcialista reciente, italiano, creo— o si se había trasladado a Roma formando parte de alguna manera del tropel de hispanos que siguió a los Anneos, como quería oír yo. Es sabido que Marcial veneraba la memoria de Lucano y apreciaba grandemente a toda la familia de los Séneca.

Los versos de Marcial están salpicados de nombres de personas, pueblos o lugares de Celtiberia y de otros puntos de Hispania. Ese hecho y la simpatía por personalidades hispanas, como los Anneos y Quintiliano, que en algunos lugares marcialinos se advierte, sirvió a Dolç para explorar lo que en los textos del poeta bilbilitano se dice, o se apunta, en relación con la península ibérica.

En 1972 la editorial Prensa Española de Madrid publicó el libro *Retorno a la Roma Clásica*, que reúne trabajos de Dolç sobre literatura romana, en que se ocupaba de sus autores preferidos, o a los que había dedicado más atención: Virgilio, los poetas «nuevos», Tácito, Quintiliano, el propio Marcial, Lucano. Especial interés reviste el estudio del *Collegium poetarum*, una corporación insuficientemente documentada, sobre la que Dolç proyectaba toda la información directa e indirecta que se puede extraer de los textos, hasta de sus alusiones y silencios. Su historia habría corrido paralelamente a la de la poesía romana, acusando su presencia en todos los momentos de conflictos literarios desde el siglo III a. C. El *collegium* habría sido cosas diversas a lo largo de las cuatro centurias que parece que duró su existencia. Quizá naciera en los tiempos de Livio Andronico, el primer profesional del teatro y de la poesía latinas. Habría sido al principio una corporación como tantas otras, mitad gremial, mitad religiosa, y habría custodiado un archivo de *carmina*. Después, sin perder el primitivo carácter, se habría convertido en una cofradía de versificadores que arrendaban sus servicios para fiestas y funerales. Habitualmente los poetas del *collegium* habrían sido opuestos a todas las innovaciones y, por ello, hostiles a los grandes poetas, como Terencio en el siglo II, Catulo y los neotéricos en el I y, por fin, en el último tercio de esa centuria nada menos que al propio Virgilio. Horacio también se habría contado entre sus enemigos.

En tiempos de Marcial no se habla ya del viejo *collegium* histórico, aunque sí de una *schola poetarum* de la que nuestro celtíbero de algún modo habría formado parte. Pero ya era otra cosa, una especie de tertulia literaria,

que quizá, añadido yo, tenga algo que ver con el culto a la memoria de Lucano treinta años después de su muerte.

Hay también un antiguo *collegium* de escribas y actores con el que estuvo relacionado Horacio en los inicios de su carrera, cuyas noticias se entremezclan y confunden con las menos precisas del de los *poetae*. Pero no se trata ahora de discutir este asunto, sino de destacar este trabajo de arqueología literaria del que se deducen no pocas explicaciones verosímiles sobre aspectos secundarios, pero importantes, de la historia de la poesía latina, y se proyectan unos rayos de luz sobre zonas de penumbra de la historia y de la sociología literaria de la Roma antigua. Dolç volvería a tratar del *collegium* en el primer volumen de la *Appendix Vergiliana* de 1982.

La edición de la *Appendix* fue obra de gran empeño y no poca ambición. Se puede descomponer en dos libros distintos, valiosos ambos. Uno sería el constituido por la «Introducción general» y las nueve «Noticias preliminares» a las distintas piezas y grupos de poemas. El otro estaría integrado por textos y traducciones. Acerca de la autoría de los poemas de la *Appendix*, Dolç se inclina prudentemente por la opinión de los estudiosos que reconocen que en este *Vergilius minor* serían auténticos, al menos, varios epigramas del *Catalepton*.

Al elaborar su edición de la *Appendix*, Dolç conocía bien los problemas planteados en torno a las *Vitae Vergilianae* y los casi infinitos estudios sobre este conjunto de biografías. Una aportación de Dolç, que no recuerdo haber visto antes tan claramente expresada, es la relación que piensa que existe entre los problemas —y enfrentamientos— de Virgilio con el *collegium* y el eclipse que experimentó su fama en los ochenta años siguientes a su muerte. Virgilio había sido un clásico en vida. Las *Eglogas* se estudiaban en las escuelas antes de que existiera la *Eneida*, de la que durante los años en que el poeta trabajaba en ella se hablaba como de la obra de un nuevo Homero. Sin embargo, más tarde, hasta la época de Nerón, una pesada sombra de olvido parece haber caído sobre la memoria virgiliana, aunque sus libros no se retiraran de los *ludi*.

Según Dolç, este oscurecimiento habría tenido, en parte al menos, su causa en la hostilidad del *collegium*. Sería después de este paréntesis, a partir de Nerón y —añado yo, de Séneca, que tantas veces lo cita— cuando retorna el virgilianismo original. Quizá entonces empezó a formarse el *corpus* de poemas de la *Appendix*, en el que junto a las piezas comúnmente reconocidas como genuinas, hay otras que son imitaciones o contienen versos auténticos prestados, y otras claramente espurias, que no por eso carecen siempre de mérito y calidad.

Para los amigos, compañeros o discípulos del profesor Dolç, su recuerdo está envuelto en el afecto y la estimación que él se ganó en su relación con nosotros. Para los que le conocieron menos, estos apuntes pretenden delinear algunos trazos de su perfil académico y humano.

Hace doce años, en el Homenaje de la Fundación Pastor aludía yo al magisterio de su obra, apenas oculto por la modestia, o más bien por la naturalidad personal con que lo ejercía. En esa misma ocasión el profesor Sebastián Mariner llamaba la atención sobre su erudición y su sensibilidad poética. Marcos Mayer proclamaba entonces que en el fondo de su obra de traductor, a la que especialmente se refería nuestro compañero de Barcelona, se hallaba la entrega de su propia vida, de su experiencia existencial y poética. Miguel Dolç, al dar las gracias por aquel homenaje, decía, sencillamente, que él no había hecho nada más que trabajar, quizá, porque «no servía para otra cosa».

Hay que añadir que todo eso es verdad y que trabajó mucho y bien. Fue además de un excelente profesional, un hombre de bien y un buen cristiano. Evocando a Dante, que fue junto con Camoens uno de sus poetas postlatinos predilectos, uno tiende a imaginar que en la selva oscura del fin del camino de su vida, se le habrá aparecido la sombra de Virgilio, y que Miguel, con palabras italianas que sabía de memoria, habrá dicho: «Poeta, yo te requiero para que me lleves allá, de donde tú has salido, de modo que yo vea la puerta de San Pedro.» Y que, saltando hasta el segundo canto del Paraíso, dos ilustres escritores cristianos de los primeros siglos, Tertuliano y Prudencio, que deben a Dolç hablar en una lengua que nunca sospecharon que llegaría a existir, le habrán saludado con alborozo, repitiendo unas palabras que el Dante pone en boca de Beatriz: «Levanta tu mente agradecida a Dios que nos ha llevado hasta la primera estrella.» «Drizza la mente in Dio grata, che n'ha congiunti con la prima stella.»